

ÁLVAREZ, J. M.^a (1999). *La invención de las enfermedades mentales*, DOR, Madrid, 1999, 464 pp.

En esta época abigarrada de globalización —que no es otra cosa que la forma moderna de la búsqueda del máximo beneficio, al mínimo coste y en el menor tiempo posible—, caracterizada en la psiquiatría por el dominio de las neurociencias, resulta estimulante tener en las manos un libro como el de José María Álvarez (León, 1960), doctor en Psicología y psicoanalista, cuyo título sitúa con precisión las coordenadas de su discurso: *La invención de las enfermedades mentales*. Es difícil que un epígrafe pueda condensar con mayor acierto lo que en un texto se va a desarrollar.

El hilo conductor del trabajo es la expresión «enfermedad mental» —incorporada por Jean-Pierre Falret, en sentido estricto, al lenguaje psiquiátrico a mediados del pasado siglo—, que introduce un sesgo distorsionante en la evolución de la psiquiatría, cuyas consecuencias todavía se padecen. Esta interferencia consiste en considerar a la locura humana una enfermedad análoga a las demás, aquellas enfermedades somáticas que la medicina de la época empezaba a tratar con éxito. Es una opción no inocente, ya que implica desechar en un sujeto su palabra y su decir, verdaderos vehículos por donde transita su malestar, para decantarse, en cambio, por el organismo, siempre más cómodo y obediente y donde el deseo no hace acto de presencia. «Lo biológico», en este caso derivado inexacto de la biología, tiene ahí su asiento, olvidando que la locura no es enfermedad, a no ser del alma, sino decisión dramática de un sujeto atrapado por un goce imposible de cifrar. Requiere, sin duda, ser tratada, pero no exactamente como las restantes —por más que porfien en ello las grandes corporaciones farmacéuticas, firmes pilares de la globalización—, ya que el médico, en cuanto tal, con sus instrumentos ordinarios poco puede hacer por ella. José María Álvarez no desvía su mirada ni equivoca su diagnóstico. Así sitúa el origen del problema en Jean-Pierre Falret, al que califica de «ideólogo fundamental» del proyecto de transformar la «alienación mental», tal como se denominaba desde Pinel, en «enfermedades mentales».

El libro arranca con un espléndido prólogo de Fernando Colina, en el que aborda dos tareas esenciales, la del clínico y la del historiador, de cuya conjugación resulta algo tan esencial para el trato posible con el psicótico como la historia clínica. Concibe este documento en oposición dialéctica a otro de impertinente actualidad: el protocolo, más propio de la cortesía social o de la alta diplomacia que de la cálida relación humana. Precisamente porque no hay trato con el psicótico se protocoliza (áspero neologismo) la secuencia de exploración del organismo *enfermo*.

José María Álvarez no cae en ese error, ni en su práctica profesional ni en su escritura. Él es un riguroso practicante de la clínica asentada en la historia, porque no concibe la primera —cuidadosa inclinación ante el doliente— sin conocer la segunda: las inclinaciones previas de los clásicos de la psiquiatría. Entendido esto en su doble acepción: el modo en que exploraban al enfermo, pero también de qué pie cojeaban. Efectúa así un recorrido diacrónico, con esclarecedores cortes sincrónicos, por los grandes maestros franceses y alemanes del XIX y XX, sin olvidar a ninguno, aunque acercándose con especial querencia a ciertos autores: Chaslin, Clérambault, Freud. Dedicar un capítulo aparte, introducido a partir del respetado texto freudiano, al Dr. Paul Schreber quien, sin ser médico sino magistrado-presidente de la Audiencia Territorial de Dresde, nos transmitió más enseñanza sobre la locura del hombre que ningún otro estudioso del tema, gracias a sus memorables *Memorias de un neurópata*, título que José María Álvarez traduce fielmente por *Hechos dignos de ser recordados de un enfermo de los nervios*, en el que el signifiante «dignidad» cobra entidad propia. Porque de eso se trata en el texto que nos ocupa, de una clara posición ética en la aproximación a la locura, lo que implica necesariamente el reconocimiento de la dignidad del psicótico, tal como el propio Schreber reclama.

Considerar el delirio como el producto aleatorio de un organismo enfermo, afectado por una inespecífica alteración genética, supone una falta de respeto hacia el sujeto que lo recrea. La dignidad de éste requiere otra actitud. Y eso es lo que plasma nuestro autor al privilegiar en su texto el polo paranoico de la psicosis, formulando una pregunta esencial: ¿por qué consideramos locura una forma peculiar de pensamiento, exhaustiva, rigurosa y cerrada, ajena al resto de los mortales? Este modo de operar discursivo —loco sí, pero razonante— se aloja en el vértice opuesto al rostro deficitario que caracteriza a la esquizofrenia, tan de actualidad en las últimas décadas. ¿No es más próximo al común de los mortales el razonamiento ardiente del paranoico, aún rayano en la inflación, que la paupérrima involución hacia la demencia?

Esta es otra de las cuestiones abordadas por José María Álvarez. Y aunque dedica sendos capítulos a cada una de las dos grandes formas de la psicosis, su postura es clara cuando dice, parafraseando a Sigmund Freud, que la paranoia es «la vía regia para el conocimiento de la estructura psicótica», tal como el fundador del psicoanálisis había expresado sobre el sueño, al considerarlo la vía regia de acceso al inconsciente. De este privilegio de la paranoia se deriva la posición de nuestro autor en la defensa de la psicosis única y en el establecimiento de los vínculos estructurales que unen a ambos cuadros (paranoia y esquizofrenia) bajo la égida de un modelo nosológico unitario. Esta propuesta tiene, además de una atractiva formulación teórica, un extraordinario alcance clínico, ya que permite entender el modo de operar de *cada* sujeto psicótico, e incluso de *cada una* de las etapas de su vida, en las que decantarse por una catatonia deficitaria o por un delirio florido es una auténtica decisión subjetiva, que resulta imposible de entender sin la noción moderna de *forclusión del Nombre-del-Padre* formulada por Jacques Lacan.

Tenemos entre nuestras manos, en fin, un excelente texto sobre lo más verdadero del ser humano: la locura. Nadie que tenga trato con psicóticos puede dejar de leerlo. Si hay un saber sobre la psicosis está en este libro.

Francisco ESTÉVEZ

BARCIA CABALLERO, J. (1999). *De Re Phrenopática y otros artículos*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 316 pp.

Teniendo en cuenta el apoyo institucional que recibe la investigación científica en nuestro país, con una financiación irrisoria para determinadas áreas, sorprende —de manera muy grata— encontrar raras y encomiables iniciativas, como la llevada a cabo por el *Servicio Galego de Saúde*, al editar esta obra. Se recupera con ello la aportación de Barcia Caballero (1852-1926), clásico de la psiquiatría gallega y autor de obligada consideración a la hora de recoger los diversos testimonios que —con valor local o general— permitan la construcción rigurosa de la historia de la psiquiatría española.

El volumen, de presentación cuidada y atractiva, dedica la mayor parte de sus páginas a la reproducción de la principal obra de Juan Barcia, *De Re Phrenopática*. Lo completan dos textos cortos, que recuperan sendos artículos dedicados a *La locura y la libertad*, y a *La locura y el corazón*.

La psiquiatría comienza a ser reconocible en Galicia en la etapa de Timoteo Sánchez Freire (1838-1912), primer director del Manicomio de Conxo y predecesor en ese cargo de Juan Barcia. Este último recoge el primer impulso institucionalizador de la medicina mental en Galicia, llevado a cabo por Sánchez Freire, como ocurrió —por poner el ejemplo de un autor coetáneo— en el caso de Arturo Galcerán respecto de Giné en Cataluña, ámbito en el que la temprana institucionalización de la psiquiatría presentó unas características más definidas. Juan Barcia Caballero fue un hombre polifacético que desarrolló una actividad académica, clínica y publicística considerable. Catedrático de Anatomía en Santiago de Compostela, fue encargado en aquella universidad, de la enseñanza de «Neuropatías y Enfermedades Mentales». Se dedicó también a la Sifilografía, desde el punto de vista clínico, como director del Sanatorio de Sifilografía de San Roque, y publicó algunos trabajos sobre el tema. Pese a todo, en opinión de Demetrio Barcia Salorio —biznieto del autor— la vocación literaria de Juan Barcia, predominó sobre la médica. En esta vertiente sus obras *Mesa revuelta* y *Rimas* lo situarían en el renacimiento literario gallego, junto a nombres como Alfredo Brañas, Rosalía de Castro o Curros Enríquez.

De Re Phrenopática es producto de sus reflexiones y consideraciones prácticas tras largos años de experiencia clínica psiquiátrica. El libro fue escrito y —como dice el autor— «pensado y madurado viviendo y conviviendo con los hombres y mujeres que trata de estudiar».

La lectura se hace fácil debido a la brevedad de los capítulos, titulados de manera muy acertada y desarrollados con una claridad —a veces belleza— expositiva que nos recuerda frecuentemente que —en efecto— estamos ante un «hombre de letras».

Aunque *De Re Phrenopática* se publica originalmente en 1915, y ese es el texto que se reproduce en la presente edición, buena parte de los artículos que lo componen habían sido editados con anterioridad —en 1905— en un volumen que el bibliófilo catalogaría como libro raro. En cualquier caso se trata de trabajos escritos entre 1880 y 1905, razón por la que la obra psiquiátrica escrita de Barcia Caballero hay que situarla en el último cuarto del siglo XIX.

Un primer bloque de artículos trata de aspectos generales relacionados con el manicomio, casi siempre de orden práctico. La tónica general de los planteamientos no se aparta de la línea seguida por los alienistas contemporáneos catalanes, madrileños o—sin ir más lejos— asturianos, aunque existen matices que justifican su lectura. Como los anteriores, Barcia críti-

ca de manera contundente la aplicación de castigos corporales de cualquier tipo a los alienados, y hace una defensa relativa del *non restraint*, método que —como en términos muy parecidos, expresaba Giné y Partagás— es imposible «practicar en toda su pureza», no siendo sino «una bella utopía, impracticable para sus propios defensores» (p. 46). Aun así, critica vivamente el uso de la camisa de fuerza, que califica de «aparato brutal(...) de tortura» y propone «el cinturón de seguridad con o sin manoplas» (p. 47).

No resulta fácil, en cambio, encontrar en los textos de los mentalistas españoles de la época, comentarios tan relativizadores del celo custodial como los que vierte Barcia en el artículo «De las fugas»: «Se fuga un loco. ¿y que? (...) la inmensa mayoría de las veces es un pobre infeliz, incapaz de dañar a nadie» (p. 50). En esa línea manifiesta su firme desacuerdo con la mayor relevancia que tiene la reclusión, frente a la finalidad terapéutica, entre los objetivos del internamiento.

Más original e interesante aún, resulta el breve capítulo que con el epígrafe «Un peligro», dedica a los riesgos de maltrato por parte de los cuidadores hacia el enfermo.

Barcia no participa del optimismo terapéutico que, por ejemplo, podemos encontrar en los iniciadores de la escuela catalana, pero tampoco es un nihilista. En contradicción —que él mismo reconoce— con su visión organicista de la enfermedad mental, reivindica los principios del tratamiento moral, rechazando los aspectos más punitivos del mismo (p. 142) y considera que «la base o por lo menos el elemento principal del tratamiento de estos enfermos es la educación» (p. 60). Incluye entre las intervenciones propias del tratamiento moral, la sugestión, una práctica que alcanzó su máximo auge coincidiendo con la etapa de plenitud profesional de Barcia.

En la segunda parte —doctrinal— expone su concepto de locura (cap. 1), que coincide por completo con la visión somaticista imperante durante esos años en la psiquiatría española, y que podemos encontrar bien ejemplificada y más desarrollada en la obra de su contemporáneo más prolífico, Arturo Galcerán.

Barcia es un hombre religioso, católico, que reivindica esta condición ocasionalmente en el texto, no en vano dedicado al Cardenal Arzobispo de Santiago. Ese compromiso le obliga, como no es de extrañar, a dar frecuentes explicaciones que dificulten su asociación a cualquier forma de materialismo, recurriendo en última instancia al argumento que venía dando socorro, a lo largo de todo el siglo, a los autores que defendían las mismas teorías organicistas: el alma como sustancia simple no puede enfermar, se trata de un ente espiritual que no puede sufrir ningún género de alteración (p. 85).

El autor pasa revista, de manera escueta, a otras cuestiones relevantes en su época, como ocurre cuando trata el problema de la degeneración (p. 109), el hipnotismo (p. 101 y 120) o las relaciones entre locura y responsabilidad moral (cap. VIII). En este último capítulo defiende el concepto de locura parcial, con similar grado de responsabilidad.

En el capítulo de la clasificación (cap. II) propone —de nuevo, como la mayor parte de sus contemporáneos— el criterio anatomopatológico, que quiere ser causal pero «hasta donde puede serlo hoy día» (p. 90).

La casi completa ausencia de referencias bibliográficas —costumbre muy usual en los autores de la época— dificulta la filiación exacta de algunas ideas expresadas en el texto. Resultan curiosas, por ejemplo, las consideraciones que aparecen sobre «Lo Inconsciente» (p. 127)

que acompañadas de una mínima bibliografía hubieran permitido valorar el grado de penetración de los primeros conceptos psicoanalíticos, en aquel ámbito geográfico.

En el último bloque (parte III), dedicado a la «Clínica», el autor hace un recorrido por algunos problemas clínicos —para él, entidades clínicas naturales—, comenzando por el Estupor Melancólico, artículo que le valió un premio internacional, en París, y en el que establece una clara distinción entre los cuadros catatónicos y los melancólicos con estupor, que hoy consideraríamos en el campo de la pseudodemencia depresiva.

Al final dedica varios capítulos al estudio de las medidas terapéuticas: la sugestión, los remedios farmacológicos, la psicoterapia gráfica y el trabajo en la terapéutica de la locura, cuestión, esta última, mítica en la historia de la psiquiatría española y que, no en vano, es elegida por Barcia como tema de una comunicación que presentó al Congreso Médico de Zaragoza, de 1908.

Considerado en su justo valor, se trata, en definitiva, de una obra prescindible en las narrativas «universales» de la historia de la psiquiatría, pero —sin duda— necesaria para construir la historia local de la disciplina y, con ello, ir completando una visión de su desarrollo en España, que enriquezca la historiografía más centrada en el protagonismo de los ámbitos madrileño y catalán.

Antonio DIÉGUEZ

MONTIEL, L. (1998), *La novela del inconsciente: el proceso de individuación en la narrativa de Gustav Meyrink*, Madrid, mra., 192 pp.

En los autores pertenecientes al campo de la psicología arquetípica se encuentra con cierta frecuencia la distinción entre dos términos: *imagination* y *fancy*. El primero se correspondería con la verdadera imaginación y el segundo con la falsa. En psicología arquetípica la distinción entre ambas se basa en el criterio de la respuesta dada a las imágenes. La *imagination* proporciona una respuesta fecunda, auténticamente metafórica, creadora. La *fancy* en cambio suministra únicamente respuestas de un significado simple, superficial o dogmático. Como Luis Montiel menciona en las primeras páginas de su libro, la imaginación, «el animal que no existe», a veces puede estorbar el esclarecimiento científico, sobre todo cuando no pasa de ser mera *fancy*; pero cuando uno se pregunta por el pensamiento o el alma del hombre, la imaginación —la *imagination*— es sin duda *el* método heurístico.

Desde esta *imaginatio vera*, Montiel estudia aquí en sus originales en lengua alemana tres obras escritas entre 1915 y 1921 —*El Golem*, *El rostro verde* y *El dominico blanco*— del vienés Gustav Meyrink, escritor «visionario» en la terminología de Jung y autor considerado tradicional e injustamente por la crítica «de segunda fila». La aproximación de Montiel está hecha desde una perspectiva junguiana. Pero lejos del autor está el hacer un psicoanálisis de unas obras literarias siguiendo las teorías del psicoanalista suizo, ni tampoco un acercamiento psicopatológico a la complicada figura de Meyrink. Montiel utiliza los textos literarios de Mey-

rink como *prueba* de las doctrinas de Carl Gustav Jung, considerando que en estas novelas se encarna vivencialmente en una serie de personajes de ficción lo que Jung expuso en su extensa obra teórica «algún tiempo —a veces bastante— después de que dichas novelas se publicaran». Montiel establece así un diálogo extraordinariamente sugerente —sobrecogedor incluso en algunos momentos— entre un médico humanista fascinado por los relatos de sus esquizofrénicos y un novelista estudioso de las ciencias ocultas y frecuentador de los círculos esotéricos de Praga, Munich y Viena. Y toma como hilo conductor de ese diálogo la detallada descripción que ambos hacen —cada uno a su manera, cada uno de forma independiente— de un proceso psíquico complejo, siempre inacabado, al que Jung denominó proceso de individuación: ese proceso que, según el fundador de la psicología analítica conduce a un conocimiento más consciente de la propia individualidad, incluyendo sus potencialidades y limitaciones, ese proceso que se inicia con la admisión de las propias neurosis y debilidades y se continúa con un despertar de la propia naturaleza escindida —consciente e inconsciente— y su aceptación.

Con esta idea como norte, Montiel nos sumerge en la primera parte del libro en el periplo onírico del protagonista de *El Golem*, en el mundo numinoso de ese personaje que sueña ser Athanasius Pernath. Comenzamos, así, asistiendo, guiados por el candelabro de siete brazos de un Montiel investido de psicopompo, al acceso del personaje al inconsciente, ejemplificado como esa búsqueda que comienza en un patio interior del *ghetto* praguense, desde donde contempla ese tenebroso nuevo mundo caracterizado por su indefinición. Nos sobrecogemos ante la aparición de la *Sombra*, el aspecto inconsciente de la personalidad que el yo consciente no reconoce como propio, representado aquí por el Golem, «ese hombre artificial que hace tiempo construyera a partir de los elementos, aquí en el *ghetto*, un rabino conocedor de la Cábala, quien lo convirtió en un ser autómatas y sin pensamiento, al situar tras sus dientes una cifra mágica». Nos enfrentamos al inconsciente colectivo con el titiritero Zwakh y su «símbolo de un alma de la masa» y con Amadeus Laponder y su explicación del círculo de hombres azules de la visión de Pernath a partir de la concepción del alma como «compuesta de muchos 'Yos', al igual que un hormiguero está compuesto por muchas hormigas». Se nos enseña, como hace el archivero y psicólogo Hillel con el que se sueña Pernath, a sortear los peligros que entraña la pesquisa en el inconsciente personal y en el colectivo, haciéndonos ver la identidad entre el conocimiento y el recuerdo, pues, como afirma el sabio archivero, «poco a poco, cuando llega el conocimiento, llega también el recuerdo». Presenciamos el encuentro con el *anima*, el lado inconsciente y femenino de la personalidad masculina, representada sobre todo por el personaje de Mirjam, la hija de Hillel, y, en cierta medida, también por Angelina, causa de la pasada locura Pernath al hacerla objeto de un amor imposible, y por Rosina, personaje este último vagamente emparentado con el maligno Aaron Wasserturm y que encarna una sexualidad de tintes crueles. En esta tríada femenina, caracterizada, según desvela Montiel, por una creciente espiritualidad —nula en Rosina, máxima en Mirjam— se encuentran las distintas facetas del *anima* junguiana. Contemplamos cómo, de la mano de Mirjam, del *anima*, el que se sueña Athanasius empieza a adquirir un saber al que hasta entonces había sido completamente ajeno y cómo la joven le enseña el sentido primitivo de lo religioso como vínculo con lo sagrado. Presenciamos su bajada a los infiernos con ese viaje que emprende el soñado Athanasius para salvar a Angelina de la amenaza de Wasserturm y que comienza en las ocultas escaleras que se encuentran en el estudio vecino a su habitación. Descenso que culmina con la apropiación de su parte irracional e inconsciente, simbolizada en el meterse en el bolsillo la carta del *Loco*

del Tarot, pintada por él mismo en su niñez y encontrada al llegar a esa habitación iluminada por la luna, sin otra entrada que una trampilla en el suelo en forma de estrella de seis puntas y con una única ventana enrejada, que no es otra que la habitación del Golem. Desde entonces esa parte irracional —el *Loco* del Tarot— no será ya más rechazada, viajará con él, le acompañará guardada, vale decir controlada, en su bolsillo. Y, finalmente, nos involucramos en la conquista del Sí-mismo por parte del soñador, de ese Sí-mismo (*Selbst*) que constituye el centro y la totalidad de la psique junguiana, auténtico principio organizativo, situado por debajo del yo y al que engloba junto con el *anima*, que rige el equilibrio y la integración de los contenidos psicológicos. Para que el Sí-mismo surja debe morir el yo predominante, tiene que morir el dominio del yo, lo cual se ejemplifica en la novela, como hace ver Montiel, a través de las muertes sucesivas del que se sueña Athanasius Pernath, primero con la desintegración de su yo en el sueño, luego con su encierro carcelario y, por último, con su muerte física, rememorando el *Pendu* del Tarot, al tratar de huir del incendio que se declara la noche de Navidad. Con la muerte de ese antiguo yo, se deja abierta la puerta al Sí-mismo, a la *unio mystica*, a esa *coincidentia oppositorum* representada por la figura del andrógino, a la unión, en suma, del yo con su *anima*. Esta será la imagen que ve el soñador cuando, ya despierto, emprenda la búsqueda del verdadero Athanasius Pernath y lo encuentre viviendo con Mirjam, su *anima*, en una casa de mármol como un templo. Al cerrarse la puerta el soñador despierto solo puede ver al «brillante hermafrodita» representado en las dos hojas de la puerta.

Seguidamente, en las dos restantes partes del libro, siguiendo los avatares de Fortunat Haubereisser en *El rostro verde* y de Christopher Taubenschlag en *El dominico blanco* respectivamente, el autor nos ofrece nuevos perfiles del proceso de individuación junguiano. En su lectura de *El rostro verde*, Montiel, se acerca al Sí-mismo, por un lado, como fruto de la unión de Haubereisser con su amada muerta Eva van Druysen en tanto imagen del *hieros gamos*, de las bodas sagradas y cósmicas, y, por otro, de forma paralela, como Chidhler —el judío eterno de rostro verde—, como Cristo interior, como árbol siempre verde. Complementariamente, en *El dominico blanco*, Montiel analiza cómo en Meyrink, de la misma manera que en Jung, Cristo equivale al arquetipo del Sí-mismo, inconsciente todavía en ese nivel arquetípico y cuyo significado debe trascenderse, debe hacerse consciente, a través del amor. Por eso Christopher, en ese instante áureo —en el que contemplará tan sólo por un segundo cómo el rostro de la Virgen María se transforma, sonriéndole, en el de su amada Ofelia— acepta unirse en hierogamia con su esposa-madre (Ofelia es tanto el nombre de su amada como el su madre real) salvadora-terrible, con Ofelia-Medusa, aceptando así «lo femenino inconsciente, con todos sus riesgos y todas sus posibilidades».

Comenzábamos esta reseña trayendo a colación la diferente consideración que la psicología arquetípica otorga a los términos de *imagination* y *fancy*. Bueno será que, por mor de la simetría, tras esta apresurada *ambulatío* por algunos de los contenidos de la obra de Montiel, acabemos llamando la atención sobre otra pareja de términos, a la que también se alude con cierta asiduidad en la psicología arquetípica: lenguaje (*language*) y discurso o habla (*speech*). El lenguaje pertenece a la psique, a los conceptos, al día; el discurso o el habla pertenecen al alma, a las metáforas y a la noche. Montiel ha realizado aquí una hierogamia, una *unio mystica*, entre el lenguaje de Jung, su elaboración de la psique, sus conceptos y su día —por muy nocturnos que sean sus contenidos— con el discurso de Meyrink, sus almas torturadas, sus metáforas tortuosas y su noche indefinida. No me cabe duda de que el sutil *hieros gamos* en que

a lo largo de sus páginas acaba transformándose *La novela del inconsciente* contribuirá de forma poderosa a conocer mejor a Jung y a Meyrink. Pero muy posiblemente no se quedará tan sólo en esa finalidad. También ayudará, si el lector opta por la vía del lenguaje, a conocerse a sí mismo desde otro ángulo; o bien, si se inclina por la senda del discurso, a soñarse o a recordarse a sí mismo de alguna otra manera.

Ángel GONZÁLEZ DE PABLO

PESET, J. L. (1999). *Genio y desorden*, Valladolid, Cuatro. ediciones, 168 pp.

Aquél a quien la mayoría de historiadores de la medicina españoles consideramos nuestro maestro, Pedro Laín, ha repetido, ocasionalmente también por escrito, que una de las tareas de estos profesionales consiste en hacer llegar los resultados de su trabajo más allá de la frontera de la profesión, a los médicos desde luego, pero también, si ello es posible, a cualesquiera lectores interesados en comprender mejor al ser humano, por cuanto la reflexión histórica, y en algunos casos especialmente la que toma por objeto temas médicos, ayuda a cumplir tan valioso objetivo. Pues bien, nos encontramos ante un excelente ejemplo del ejercicio de esta función.

A lo largo de muchos años, José Luis Peset se ha cernido sobre el tema que, al comienzo, enmarcado en una bien conocida tradición, denominaba «genio y locura». Una de las mejores consecuencias de este proceso de maduración es el hecho de que el segundo término de este par se haya transformado en el de «desorden»; pues, al eludir el etiquetado médico, y más exactamente, patológico, la singularidad de lo genial parece menos privativa de una esfera que se intuye ajena, más próxima al ser humano común, razonablemente «ordenado», pero susceptible de desorden en una medida mayor que de «locura». Desprendiéndolo de la ganga «romántica» —en el peor sentido del término— el genio, el hombre de genio, el carácter genial, resulta más próximo, y lo genial se convierte en potencialidad de cualquiera.

Y así es. En la obra de Peset aparecen genios, en el sentido romántico del término —Nietzsche—, pero también sesudos profesionales de la ciencia y del pensamiento que jamás fueron tenidos por geniales, aunque, al ocuparse del «temperamento» —Huarte de San Juan, Montaigne— resultan ser, en alguna medida, antepasados espirituales del autor, así como personajes reales aureolados de extrañeza —el apenas conocido Johann Faust, Diego de Torres Villarroel— y otros de ficción, experimentos de autor en busca de ese nexo oscuramente intuído desde hace mucho, como el Adrian Leverkühn de mi muy querido Thomas Mann. Pero, más allá de lo que de ellos se dice, y que conocerá quien lo leyere, como donosamente dice Cervantes en un capítulo del Quijote, importa, y mucho, cómo se dice, y aún más, el lugar desde el que se escribe, desde el que se habla.

Genio y desorden está escrito desde la experiencia, pero trascendiéndola. En el libro hay erudición y reflexión, el lector puede intuirlo; pero no son manifiestas. Otra cosa es lo que transmite, lo que desea y logra transmitir: un ambiente, una actitud, el aire —y el resultado, a la vez intelectual y emocional, si así puede decirse— de una reflexión, de un diálogo con el

problema y con los actores que desde tan diversos lugares, lo representan. Por ello es, sin duda, por lo que, junto al dato erudito y al análisis del fragmento objeto de reflexión, menudean las referencias, nunca superfluas, a pensadores y poetas a menudo contemporáneos nuestros, pues sin duda la intención de Peset es que su libro sirva tanto o más a la vida que a la ciencia.

No es el primero, sin duda. Los más tempranos —baste con recordar *Ciencia y marginación. Negros, locos y criminales* (1983)— tenían este propósito, aunque en la perspectiva de la praxis marxista, que tanto ha hecho por el trabajo historiográfico y también —no me resigno a pensar de otro modo— por la mejora de la situación de muchos seres humanos. Pero este último libro lo cumple de otro modo, preludiado ya en *Las heridas de la ciencia* (1994), del que está ausente toda urgencia pragmática. En su lugar se encuentra lo que acabo de llamar un ambiente, que, en ocasiones, parece melancólico, pero cuyo tono es más bien el de la serenidad. En este sentido es en el que, también líneas atrás, he hablado de «experiencia trascendida». Y, a mi juicio, ese es el mejor regalo que un pensador puede hacer a sus lectores. *Nihil sine materia*, pero generalmente necesitamos que esa materia venga transformada por una alquimia.

El resultado de esta alquimia, el aire de la narración, viene dado, a mi juicio, por el uso, sin duda impremeditado, de una cadencia formada por parejas o tríadas de términos, a veces opuestos, a veces complementarios, asociados a la conjunción copulativa «y», tal cómo ocurre ya en el título: «genio y desorden», o bien mediante otras cópulas. En el texto, la *coniunctio* aparece por doquier, serialmente, de modo que el lector cree asistir a una especie de danza en el que los danzantes giran en espirales abiertas, llevando consigo al lector hacia... ¿hacia dónde?. Desde el capítulo sobre Huarte —«...así nacen la poesía, la música y la comedia, pero también la medicina práctica y la astrología, junto a las matemáticas; lo mismo la pintura y la escritura, el ser pulido, gracioso y agudo (...) Pero además incluye el arte militar y el de gobernar, los buenos servidores y aduladores en palacio, los activos mercaderes y tratantes...», hasta el último, titulado —como los tres precedentes— ajustándose a este modelo: «el yo y el diablo», en el que pueden leerse de nuevo series como ésta: «El genio es un equilibrio entre vitalidad y flaqueza, salud y malestar, ingenuidad robusta y poderosa falta de pudor (...) La risa y la burla, el grito y el dolor del diablo (...) constituyen el fin de la tragicomedia de Fausto y de Don Juan». Inconsciente sin duda, y como todo lo inconsciente, profundamente verdadero, este descubrimiento de lo dual —es decir, de lo incompleto, de lo característicamente humano— es el mensaje secreto, poderoso y liberador —¡por paradójico que parezca!— de esta madura reflexión sobre el genio. «¿Por qué habrá puesto Dios tanto deleite en aquello que es doble? Hombre y mujer: el *dos* merece atención. ¿Ocurrirá lo mismo con el alma y el cuerpo?», se preguntaba Lichtenberg. José Luis Peset no afirma, ni niega, pero presta especial atención al *dos* en ésta su obra más reciente. Aunque aparentemente nada deleitosa, la condición dúplice explorada por él es, desde luego, supremamente interesante y, aunque de una manera difícil, consoladora; pues el reconocimiento de la verdad conduce, a la larga, a una serenidad como esa de la que hacen gala las páginas de *Genio y desorden*.

Suspendo aquí, no sin lamentarlo, el juicio, quizá la confesión, para dar cumplimiento a otra tarea insoslayable, cual es la de dar cuenta del contenido del libro. Algo he adelantado ya al respecto, pero no lo suficiente para hacer saber al lector de qué medios se sirve Peset para producir en el lector el efecto señalado. El libro está dividido en dos partes: «Los reflejos de la naturaleza» y «La coronación de la música». De la primera es protagonista el ser humano concreto, histórico, en su condición de interrogador de la naturaleza en busca del genio y sus

misterios. El médico Juan Huarte de San Juan, quimérico arbitrista de la eugenesia en el Renacimiento, pasmosamente venerado a diferencia de ese otro científico algo más tardío, Diego de Torres Villarroel, no más delirante que aquél aunque sin duda mucho menos pagado de sí mismo. No es uno de los menores méritos de José Luis Peset hacernos caer en esta injusticia. El melancólico Michel de Montaigne, en cuya personalidad conviven rasgos diversamente acentuados en los dos hispanos, y el inquietante J.W. Goethe, buscándose a medias, a medias justificándose a través de su Fausto, tan diferente de su azacaneado modelo renacentista. (Y, apareciendo fugazmente, Miguel Angel, y Kleist...).

En la segunda parte una de las claves de lectura se torna manifiesta: la música. Su primer capítulo desorienta: Rousseau, Robert Burton, ¡Kant! ¿Qué tiene que ver esta gente con la música? Ni ellos mismos lo saben, pero sí José Luis Peset, que desde el principio ha dado una estructura musical —de danza— a su trabajo. En ellos parece desembocar la voluntad de convertir en espejo la naturaleza; da la impresión de que «los científicos (...) ganaban la partida». Pero de inmediato aprendemos que ya no volverán a ser ellos quienes puedan alcanzar explicaciones convincentes sobre la condición genial; más aún: que debe renunciarse a la explicación para alcanzar algo más valioso en tanto que más real: la comprensión. A este respecto debemos considerar como un símbolo especialmente bien elegido el encuentro en Turín entre el sabio Lombroso y el artista Nietzsche, a partir de este momento protagonista implícito o explícito del texto de Peset. Oscar Wilde y Thomas Mann son los artistas a quienes nuestro autor encomienda la última pesquisa sobre el genio y su asociación con el desorden. Y no es casual que, a través de la explicitud de la pintura —explicitud que sólo se vuelve dinámica a través del *opus diaboli* del retrato de Dorian Gray—, el lenguaje del discurso sobre ese problema tan específicamente humano alcance la sugerente fluidez de la música, vuelta palabra por el esfuerzo del escritor alemán que, como su antepasado Goethe, fabula al Fausto del siglo veinte, el compositor Adrian Leverkühn, aunque, a diferencia del Júpiter de Weimar, se implica e implica a su época con una lucidez cargada de responsabilidad. Con los recursos del orden —los propios de la música dodecafónica— y de la cultura, el diablo, el señor del desorden, se enseñorea de un hombre y de una época. Y, paradójicamente, a través del análisis, de la verbalización de lo musical, Mann nos eleva hacia una comprensión más sana de lo humano, sus peligros y su grandeza, el genio y el desorden.

No hay conclusión. Mejor así. Nada sería más fallido, en un libro como éste, que formular conclusión alguna. Es una mirada —una vasta y comprometida mirada— sobre el misterio de lo humano, y acerca de esto nadie puede pretender que posee una respuesta. Por eso, por su fidelidad a sí mismo, el libro —y su autor— tienen, para quien esto escribe, la condición de necesarios. Y también por eso constituyen una apasionante invitación, o incitación, para todos aquellos que compartimos profesión con José Luis Peset.

Luis MONTIEL

RENNEVILLE, Marc, (2000). *Le langage des crânes. Une histoire de la phrénologie*, Paris, Institut d'édition Sanofi-Synthélabo, 354 pp.

El libro de Marc Renneville, profesor de historia de la Universidad Paris-8, llena parcialmente el vacío historiográfico francés sobre la frenología. Desde 1970 en que Georges Lanteri-Laura publicó su *Histoire de la phrénologie*, el tema no ha merecido, salvo en estudios muy parciales, el interés de los historiadores galos¹. Treinta años de ignorancia que contrastan con el interés suscitado por la misma cuestión en el mundo anglosajón durante ese mismo periodo, y que a mediados de los años setenta fue objeto de un debate epistemológico entre dos concepciones de la historia de la ciencia, que en buena medida perdura actualmente².

El desinterés historiográfico hacia la frenología en Francia contrasta con la riqueza y cantidad de estudios y adhesiones a la misma durante la primera mitad del siglo XIX, en que ésta constituyó una importante rama del saber. Marc Renneville resalta este desfase y plantea que el posterior desinterés por la misma ha venido dado por el enorme descrédito en que cayó a partir del II Imperio, que la relegó al olvido o, a lo sumo, al apartado de las curiosidades o ciencias falsas. Formulada originalmente por F. J. Gall (1757-1828) y retocada por su discípulo J.C. Spurzheim, la frenología, sostenía la posibilidad de conocer las facultades y tendencias de los individuos por la inspección y palpación de las protuberancias craneales, debido a la relación que guardaban éstas con las hipotéticas localizaciones cerebrales de dichas facultades e instintos.

Esta formulación, que hoy nos parece más próxima a la extravagancia que la ciencia, es rescatada por Renneville en su libro y analizada en profundidad. Su propuesta de trabajo es estudiar la frenología en sí misma, sin pretensiones de condenarla o rehabilitarla, sin proyectar anatemas ni elogios, analizándola en su momento histórico, dando la palabra a los frenólogos. El estudio de la frenología tiene para el autor el interés de cuestionar «el estatuto de la verdad en nuestra sociedad».

Dividido en cinco capítulos a los que hay que añadir un prefacio de Lanteri-Laura, un prólogo, introducción y conclusiones, el libro analiza siguiendo un orden estrictamente cronológico los avatares de la frenología en Francia, desde su fundación por Gall hasta su declive en los años sesenta del siglo XIX. Formalmente está escrito en un tono ameno que adopta en algunos pasajes un aire novelesco, como el relato de la expedición de Jules Dumont d'Urville por el Pacífico sur, que contó con la presencia del frenólogo Alexander Dumoutier. El anecdotario que salpica la obra desde su comienzo, lejos de ser una acumulación de datos curiosos, está perfectamente trabado con el objetivo de reconstruir la frenología y dar la palabra a sus protagonistas. En diversas partes del libro, la minuciosa descripción de las «aventuras» de los frenólogos y de sus puestas en escenas nos aproximan a su universo y al de su público, consiguiendo el autor sumergir al lector en el ambiente y mentalidad de los protagonistas de esta historia.

¹ LANTERI-LAURA, G. (1970), *Histoire de la phrénologie. L'homme et son cerveau selon F.J. Gall*, Paris, Presses Universitaires de France.

² Véase la polémica ente Cantor y Shapin. CANTOR, G. (1975), «The Edimburgh Phrenology Debate: 1803-1828», *Annals of Science*, 32, pp. 195-218; SHAPIN, S. (1975), «Phrenological Knowledge and the Social Structure of Early Nineteenth-Century Edinburgh», *Annals of Science*, 32, 1975, pp. 219-243.

El apoyo y tratamiento documental es impecable. El despliegue y variedad de las fuentes primarias es de una gran riqueza y la labor de «exhumación» de las mismas encomiable. Así, el manejo de las obras fundacionales de Gall y Spurzheim o de sus principales detractores en Francia, se funden con otras mucho menos conocidas lo que permite al autor integrar diversos aspectos del problema. Especial mención merecen las fuentes manuscritas como las notas e informes que Dumoutier redactó en relación a la expedición científica en la que participó y que, además de dar valiosa información sobre su trabajo como frenólogo, son un excelente documento sobre su labor como antropólogo. El vaciado del *Journal de la Société phrenologique de Paris* permite a Renneville una reconstrucción de la actividad de dicha Sociedad y el análisis socio-político de sus miembros. Asimismo, el vaciado de la *Gazette Medicale de Paris*, revista dirigida por Jules Guerin y abiertamente opuesta a la frenología, le permite recoger importante información sobre los puntos de vista de sus detractores. La conjugación de los aspectos internos (epistemológicos) y externos (político-sociales) de la frenología y sus seguidores es uno de los principales logros del libro y la elección y tratamiento de las fuentes no le es ajena.

Pero esta conjugación no significa equilibrio. Renneville se decanta claramente por el análisis sociológico y político de la frenología. Su interés no es concluir si existió o no error epistemológico, sino estudiar su expansión y claves de su éxito en la sociedad francesa de la primera mitad del siglo XIX. De ahí, que su lectura de las obras de los principales frenólogos, especialmente la de Gall, esté al servicio de esta posición, y no se convierta en un exhaustivo trabajo de investigación sobre aspectos internalistas. Pero no los ignora, ni los relega a un segundo plano; los implementa en su discurso socio-político reforzándolo y enriqueciéndolo. La exposición del contraste de la obra de Gall con el sensualismo de Condillac, centrada en la discusión sobre igualdad entre los hombres o el innatismo y en la negación del origen sensorial de las facultades intelectuales del ser humano, es una muestra de este tipo de planteamientos.

Desde este punto de vista, el principal «logro» de la frenología sería, según Renneville, la innovación por sus postulados y su método. La frenología intentaría cambiar la «representación clásica del psiquismo», negando que las funciones mentales sean fuerzas del alma o del espíritu, e incidiendo en los «caracteres naturales» de los individuos. En definitiva, la frenología de Gall se aleja de la psicología filosófica, defendiendo una «representación alternativa de la vida mental basada en una nueva fisiología, construida por una transposición de la anatomía comparada definida por Felix Vicq d'Azyr.» Pero la fisiología de Gall y de los frenólogos no sería la misma que practicaban la mayoría de los médicos por una cuestión de método: el rechazo a practicar ablaciones selectivas de materia cerebral sobre los seres vivos.

Las relaciones entre ideologías políticas y pensamiento social con la frenología es quizá uno de los puntos más sugerentes de la obra. S. Shapin, en su mencionado artículo, intentó demostrar como la frenología en el Edimburgo de comienzos del siglo XIX contó con el apego de las clases medias industriales, comerciantes y trabajadores y con el rechazo del mundo académico, íntimamente ligado al mundo aristocrático, antiliberal y partidario de la armonía social; en definitiva, a la estructura social de la ciudad. En buena medida, pues, la frenología en Edimburgo estuvo ligada a los sectores más liberales de la ciudad y partidarios de la reforma social. Para el caso francés se observan algunas semejanzas con este planteamiento. La frenología aparece ligada a un amplio abanico de posiciones políticas e ideológicas progresistas opositoras a la Restauración Monárquica. Liberales, republicanos, bonapartistas, socialis-

tas utópicos, carbonarios, filántropos, reformistas sociales, positivistas, escritores, etc, son firmes partidarios de la misma.

Mal vista por Napoleón, aunque tolerada, y claramente enfrentada al régimen restauracionista, aunque Gall mantuviera sin problemas su actividad, la edad de oro de la frenología fue el reinado de Luis Felipe de Orleans (1830-1848), durante el que adquiere prácticamente el *status* de ciencia legítima. A comienzos del mismo se constituyó la *Société Phrénologique de Paris* (1831-1848) a la que Renneville dedica una gran atención.

El estudio de La *Société Phrénologique de Paris*, cuya necesidad ya apuntó Lanteri-Laura en 1970, es particularmente interesante en el conjunto del libro por la importante información que el autor elabora sobre la misma. Una cuestión interesante es la composición de la misma. Renneville se toma la molestia de identificar a sus miembros y realizar una aproximación sociológica y profesional de los mismos. Con cerca de doscientos miembros, los principales colectivos representados son los médicos (60%), seguidos por políticos, artistas, literatos y juristas. La elevada presencia de médicos no deja de ser sorprendente en una ciencia que ni siquiera en sus momentos de mayor popularidad llegó a alcanzar definitivamente el reconocimiento académico. Los psiquiatras y médicos militares constituyeron el grueso del colectivo médico. La atracción de la frenología sobre los alienistas fue importante figurando entre sus miembros gentes como Brière de Boismont, Foville, Ferrus, Lelut, Falret, Voisin (que llegará a fundar un Instituto ortofrénico, basado en las enseñanzas de Gall), Delasiauve, Belhomme y un largo etc. En definitiva, buena parte de los discípulos de Esquirol tuvieron en algún momento relación con la frenología. Este entusiasmo se explicaría por el estancamiento teórico en que se encontraba la medicina mental tal y como la habían definido Pinel y Esquirol. El rechazo hacia la etiología de las pasiones de la locura y las dudas sobre las aplicaciones del método anatomopatológico en medicina mental, habrían favorecido el abrazo a la frenología. Ésta ofrecía a los alienistas «una teoría localizadora de las lesiones del entendimiento distintas de la clínica anatomopatológica» que les permitía quedarse en el campo de la anatomía comparada sin entrar en la fisiología experimental.

En lo que respecta a la amplia presencia de médicos militares la explicación es más sociológica. La amistad con F. Broussais, que abandonó sus posiciones originales contrarias a la frenología, abrazándola justo en el momento en que su teoría de la irritación de los tejidos se ponía en entredicho, o los lazos profesionales establecidos durante las guerras napoleónicas o la campaña de Morea son apuntadas por Renneville como los motivos impulsores de su adhesión a la frenología. Además, con independencia de su especialidad, la mayoría de los médicos militantes de la *Société* estaban unidos por su concepción filantrópica y liberal de la medicina, y muchos de ellos pertenecían a otras sociedades que abogaban por ello.

Las actividades de la *Société* impregnarán diferentes campos sociales con una clara vocación reformista. La reforma penitenciaria, de la justicia, la lucha contra la pena de muerte, la apuesta por la organización meritocrática de la sociedad, son sólo algunas de las derivas sociales de los frenólogos. De hecho, las posiciones de los miembros de la sociedad tomarán derroteros abiertamente ambientalistas frente a la preeminencia innatista que acuñó Gall, produciéndose una importante contradicción entre el culto a la memoria del fundador de la frenología y el estudio de su obra y las aplicaciones de la misma en el terreno social. La deriva ambientalista que encontró en la educación su principal argumento fue uno de los puntos de

ruptura entre Gall y su discípulo Spurzheim. Este último, sostendrá desde 1821 la existencia de «una gran libertad de acción» sobre la educabilidad de los individuos, lo que abre una importante vía reformista. Prueba de ello son las filiaciones desde la década de 1830 entre frenología e higienismo plasmada en la incorporación de Villermé y Parent-Duchelet a la Société o el Tratado de higiene moral publicado por C. Broussais en el que pregona por una higiene que no se limite a los aspectos físicos, cuya misión sería dirigir las funciones del organismo, sino que se dirija también a la parte moral con el objeto de dirigir las funciones del cerebro. Proclama que en el discurso de Broussais se concretará una filosofía social próxima a los Saint-Simonianos.

Otro aspecto interesante del libro de Renneville es el destacado papel del frenólogo Dumoutier en la expedición de Dumont d'Urville al estrecho de Torres y al Pacífico sur entre noviembre de 1837 y octubre de 1840. La recolección de cráneos entre los pueblos que visita la expedición, o hacer moldes de los individuos que se presten a ello constituye el principal objetivo de Dumoutier. El testimonio de Dumoutier que Renneville analiza prolijamente sorprende por su aparente «modernidad». Exento del racismo de sus compañeros de expedición, la originalidad de su trabajo reside en la ausencia de un tratamiento exótico de los indígenas. Dumoutier parte del presupuesto teórico, fiel a la frenología, de que todos los hombres tienen en común determinadas inclinaciones, facultades morales e intelectuales y que las diferencias entre ellos se remiten al desarrollo relativo de cada una de ellas. Pero, como acertadamente señala Renneville, tal modernidad lo es desde nuestro punto de vista. En el momento de su formulación este postulado «pertenece más a la historia natural del siglo XVIII, que a la etnología de la época, que reposa sobre una tipología de la desigualdad racial». Las peripecias de la expedición tendrán una larga continuación con el enfrentamiento de la «tribu académica». La frenología jamás llegó a alcanzar el reconocimiento académico, aunque tras la expedición científica estuvo cerca de conseguirlo. Los informes de la *Académie des Sciences* serán favorables a la metodología desarrollada por Dumoutier, considerando que se abría una nueva era menos especulativa de la antropología. No obstante, esta «victoria pírrica», pronto se tornó en derrota. Dumoutier nunca redactará los tomos sobre antropología. Los motivos no están claros, si bien Renneville apunta a que la hipótesis más creíble es el cambio de rumbo de la publicación de los resultados de la expedición. El fallecimiento de Dumont d'Urville, encargado de coordinar la publicación, y su sustitución por otros miembros de la expedición, implicará un cambio de tono de la publicación en el que otros autores se inmiscuirán en el terreno de la antropología, en principio reservado a Dumoutier. Los ataques a la frenología, los puntos de vista racistas sobre los indígenas, en definitiva el cuestionamiento de los postulados de Dumoutier, habrían llevado a éste a no redactar su parte.

Enfrentada a sus opositores, a la negación del reconocimiento académico y a las divisiones internas la frenología va a conocer un vertiginoso declive con la caída de la monarquía de Luis Felipe en 1848. Las semillas de su decadencia son anteriores y a lo largo de la década de 1840 irán confluyendo hasta colapsarla. El giro conservador del régimen desde 1839 supone el inicio de la ruptura política entre la monarquía y la frenología. El debilitamiento político de la filantropía hacia 1840 es otro elemento que incide en su declive. En el terreno científico la ofensiva de médicos como Lelut, Dubois y Flourens, que desde planteamientos «espiritualistas» se opondrán al «materialismo» de la frenología, también harán mella. Si bien, este tipo de discusiones eran corrientes desde la llegada de Gall a París en 1807 y se sucederán durante

varias décadas, la diferencia es que los discípulos de Gall están inmersos en disensiones internas. Su incapacidad para definir una psicología científica, un cierto giro espiritualista, las discusiones entre innatismo y ambientalismo, ahora atravesadas por el tema de la herencia biológica, la deriva hacia el charlatanería y el esoterismo de algunos frenólogos, la aparición de una industria de vulgarización de la frenología son elementos que también influyeron en su caída. Desde 1848, su historia será la de una doctrina que languidece lentamente.

No obstante, Renneville considera que pese a su olvido, la frenología dejó un legado que fue aprovechado por otras ciencias emergentes. Así, aunque la antropología física procurara distanciarse de la frenología —en este sentido las críticas de P. Broca son contundentes— su influencia es patente. Incluso el autor señala que los ensayos de crear aparatos para controlar las tendencias de los individuos son recogidos en el siglo XX con el surgimiento de las ciencias cognitivas, que han creído poder controlar comportamientos y curar enfermedades por medio de las lobotomías. Estas últimas están basadas en las localizaciones cerebrales, principal argumento de la frenología. El siglo XX, habría así consumado «lo que los frenólogos apenas osaron pensar».

En definitiva, el texto de Renneville es un rico relato, lleno de matices y sugerencias, que devuelve la palabra a los frenólogos y los sitúa históricamente en una época convulsa caracterizada por grandes transformaciones socio-políticas. Su gran virtud es saber trazar una historia que auna los argumentos científicos con los condicionantes sociales y que pone en entredicho las ideas de progreso y de verdad científica como categorías absolutas.

Ricardo CAMPOS MARÍN

WEINER, Dora B. (1999). *Comprendre et soigner. Philippe Pinel (1745-1826) La médecine de l'esprit*, Paris, Fayard, 479 pp.

No cabe duda que la historiografía psiquiátrica cuenta con una amplia e importante tradición de estudios «pinelianos»: desde las primeras aportaciones de René Semelaigne, o las de George Bollotte, Jacques Postel y, entre nosotros, Pedro Marset, hasta el libro, fundamental, de Gladys Swain, *Le sujet de la folie: Naissance de la psychiatrie* (Toulouse, Privat, 1977), que, en cierto modo, vino a ofrecer una visión diferente de este momento crucial de la historia de la psiquiatría. Es en esta tradición en la que, a mi juicio, se sitúa también la obra de la estadounidense Dora Weiner.

Dora Weiner es, en efecto, una de las «grandes especialistas» en Philippe Pinel y, por consiguiente, de la medicina francesa en el tránsito del siglo XVIII al XIX (*The Citizen-Patient in revolutionary and imperial Paris*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1993). De hecho, el libro que ahora presentamos supone la cristalización de una dilatada trayectoria profesional dedicada a estudiar y analizar las muy distintas vertientes de la obra del primer alienista francés. *Comprendre et soigner* constituye, pues, una obra de madurez, donde la autora completa, matiza y actualiza una serie amplia de trabajos previos con los que ya se había ganado un reconocido prestigio.

Una amplia y exhaustiva investigación de archivo y un enfoque historiográfico que, sin ánimo peyorativo, podríamos denominar «tradicional», son los dos pilares básicos en los que se apoya un trabajo caracterizado por una gran corrección formal. A lo largo de diez capítulos, Dora Weiner nos va desgranando los principales hitos de la actividad profesional y de la obra teórica de Pinel. Los primeros capítulos analizan sus inicios y sus años de formación, en los que destaca tanto su interés por la historia natural o por la medicina y la filosofía británicas, como el marco en el que el joven Pinel inició su carrera: el constituido por las reformas hospitalarias —y de la enseñanza de la medicina— propiciadas por la Revolución.

En Bicêtre (capítulo IV), a donde Pinel llega en 1793, conoció al *gouverner* Jean Baptiste Pussin, personaje clave del que D. Weiner ya se había ocupado en anteriores ocasiones al descubrir el manuscrito «Observations du citoyen Pussin» sobre el estado de los locos en Bicêtre. Las relaciones entre Pinel y Pussin son analizadas ahora de manera exhaustiva, haciéndose evidente la importancia que en la obra de Pinel tuvo el que fuera su colaborador más directo y, hasta cierto punto, inspirador de las reformas asistenciales «pinelianas». Tras su experiencia en Bicêtre, Weiner coloca a Pinel en el triángulo institucional en el que desarrolló su actividad científica, docente y clínica: la Academia de Ciencias, la Facultad de Medicina (capítulo V) y, naturalmente, la Salpêtrière.

Especialmente interesantes son los dos capítulos dedicados a la Salpêtrière. En el primero de ellos (capítulo VI) se analizan con detalle las innovaciones que Pinel introdujo desde su llegada, en 1795, tanto en el plano administrativo como asistencial, clínico y terapéutico. En el segundo (capítulo VII), se estudia en profundidad la actividad que Pinel llevó a cabo en dicho establecimiento entre 1802 y 1805, a raíz de que un decreto del 6 Germinal An X (27 de marzo de 1802) ordenara el traslado a dicho establecimiento de todas las mujeres de la región parisense hospitalizadas por enfermedad mental. Tres años más tarde, Pinel evaluó dicha tentativa en su informe «Recherches sur le traitement général des femmes aliénés dans un grand hospice, et résultats obtenus à la Salpêtrière, après trois années d'expérience», presentado en la Academia de Ciencias. Dora Weiner no se limita a analizar este importante informe sino que estudia también las 1129 registros *in-folio* donde se detallan las entradas y salidas, fallecimientos, mujeres embarazadas, niños, etc., así como los recursos materiales y humanos con los que contaba el asilo. Algunos de estos datos no habían sido trabajados hasta el momento, por lo que su análisis resulta de un interés excepcional para comprender los comienzos de la psiquiatría en Francia.

Es, precisamente, a este importante trabajo heurístico al que la autora recurre para criticar la visión que Michel Foucault ofrece de «La naissance de l'asile». Es cierto que el manejo exhaustivo de las fuentes no suele ser una característica de las aportaciones foucaultianas y que, en este sentido, la crítica parece adecuada. Sin embargo, las diferencias con Foucault van mucho más allá: frente a la genealogía del poder (el tratamiento moral como estrategia pedagógico-disciplinaria, el poder absoluto del médico o del administrador sobre los habitantes del asilo, etc.), se argumenta la *douceur*, como principio del tratamiento moral o la paciencia y el buen hacer del médico ante los enfermos difíciles. En definitiva, se nos presenta el mejor Pinel posible, hombre «eminente moral», dando por sentado que los intentos terapéuticos dependen del juicio *moral* del médico y que los «enfermos del espíritu» pueden tener la necesidad de límites y de una estructura que «guíe» su comportamiento. Resulta, pues, de un gran

interés esta confrontación de enfoques, que Dora Weiner no rehuye, retomando así, y favoreciendo una vez más, la reflexión y el debate sobre aspectos ciertamente importantes de la historia de la asistencia psiquiátrica.

Menos conflictivas resultan las páginas dedicadas a la obra teórica de Pinel. El capítulo VIII analiza «Trois livres, revus et corrigés»; se trata de sus dos libros más conocidos: la *Nosographie philosophique* y el *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, y de un tercero, menos conocido pero de gran interés: *La Médecine clinique*, en el que Pinel recoge su experiencia clínica —no sólo psiquiátrica— de sus largos años en la Salpêtrière y que le coloca como uno de los más destacados pioneros de la geriatría, aspecto éste apuntado hace años por Ackerknecht y por Grmek y que ahora es retomado y analizado por Weiner. Con todo, el principal mérito de este capítulo es, sin duda, el minucioso seguimiento que, a través de las sucesivas ediciones de los libros mencionados, se hace del pensamiento médico y psiquiátrico de Pinel, así como de sus principales referentes intelectuales (Condillac y Cabanis, Cullen y Crichton) o, incluso, de sus rivales (Daquin, Chiarugi). En otro nivel de análisis, la rivalidad con Esquirol, su discípulo y «heredero», se analiza en el capítulo IX de manera muy sagaz, ofreciendo claves de interés para comprender la psiquiatría francesa post-revolucionaria.

El último capítulo está dedicado a «La psiquiatría en la torre de Babel» y es el más incompleto y menos original, al estar basado en lecturas secundarias. Capítulo que probablemente sobra en el contexto general de la obra, pero que queda rápidamente compensado por la «Bibliografía cronológica de Philippe Pinel», muy bien ordenada y completa que aparece al final de la obra.

En definitiva, una obra muy recomendable, llamada a convertirse en un clásico de la historia de la psiquiatría, una obra de madurez, insisto, en la que la autora nos ofrece una visión compleja y bien calibrada de Phillippe Pinel como un gran clásico de la Psiquiatría, lo que no debe hacernos olvidar su importancia en otros ámbitos de la Medicina, pues no en vano sus aportaciones como patólogo y clínico supusieron, como ha indicado José M^a López Piñero, el eslabón que unió la escuela anatómico-clínica a la medicina de la Ilustración. La aplicación, por parte de Pinel, del método analítico de Condillac o su interés por la estadística —consecuencias directas de la *ideologie*, su referente intelectual más importante—, así como su influencia directa no sólo sobre Esquirol, sino también sobre Bichat son, entre otros, aspectos importantes que permiten comprender mejor el pensamiento médico de Pinel y la importancia del mismo, en el contexto de su época.

Creador de paradigmas en la encrucijada de dos épocas, hombre de la Ilustración, con un pie en el positivismo, Pinel se encuentra situado en historia natural, entre Linneo y Buffon o entre Cuvier y Lamarck; en matemáticas, entre Borelli y Laplace; en medicina, entre Morgagni y Magendie; en filosofía, entre Kant y Hegel. Una complejidad que, en muy buena medida, Dora Weiner nos muestra y nos explica con rigor y erudición.

Rafael HUERTAS